

El centenario del PCE y la lucha por el socialismo en el siglo XXI

MAURICIO VALIENTE OTS

Secretario de Memoria Democrática del PCE.

Coordinador de la Comisión Preparatoria del Centenario del PCE



El centenario del PCE es una oportunidad para valorar el aporte de los comunistas españoles a la lucha por los derechos y libertades, a la construcción de una sociedad mejor, más justa e igualitaria. Más que para reiterar consignas e ideas prefabricadas, ofrece la ocasión para la reflexión, para el análisis de su desarrollo como organización. Se cuenta para ello con uno de los mejores archivos de los partidos políticos que se conservan en España, fruto de un ejercicio ejemplar de responsabilidad y transparencia. El Archivo Histórico del PCE se creó en 1980 por una decisión de su comité central para contribuir a la recuperación de la memoria histórica de la sociedad española. En este año, en el que se aprobará una nueva ley de memoria democrática donde se regula el derecho el acceso a la documentación como uno de sus objetivos más novedosos y a menudo difícil de alcanzar, no está de más recordar el paso dado por el PCE.

El centenario supone un ejercicio de memoria, sin duda, pero también de análisis crítico de lo que aporta para el momento que nos ha tocado vivir, de su utilidad actual como instrumento de transformación. Historia y política van unidas en esta celebración, al menos desde un enfoque militante. Por la razón que acabo de señalar, es una oportunidad para la lucha de ideas, para la actualización de la lucha por el socialismo en el siglo XXI. En este artículo, el repaso a la trayectoria del PCE me sirve para poner en evidencia las razones de su existencia y de su capacidad de adaptación en distintos contextos, así como los retos que tiene que afrontar. A lo largo de este año, *Nuestra Bandera* ofrecerá la visión de distintos historiadores profesionales sobre distintas etapas y episodios de la evolución del PCE; aquí me limito a destacar tres ideas que considero fundamentales en la celebración del centenario: su creación, que respondió a razones y motivaciones de fondo; su papel histórico, que desempeñó por su arraigo en la sociedad española, en especial en la clase obrera; y su potenciali-

dad actual, que depende de su capacidad de *adaptación* a las actuales circunstancias, tal y como ha hecho a lo largo de su historia.

Continuidad y ruptura en la constitución del PCE

Este primer hito de la historia del PCE nos interroga sobre su carácter. ¿Fue una anomalía producto de una injerencia externa? ¿Han desaparecido las razones que motivaron su creación? El 15 de abril de 1920 se constituyó el Partido Comunista Español, conocido como el de los «cien niños» por su origen en las Juventudes Socialistas. Un año más tarde se crearía un segundo destacamento, el Partido Comunista Obrero Español. La intervención de la Internacional Comunista para unir los dos partidos daría como resultado el Partido Comunista de España el 14 de noviembre de 1921. El PCE era una expresión política más de un movimiento obrero que había comenzado a estructurarse en el último tercio del siglo XIX, al mismo tiempo que se extendían las relaciones capitalistas de producción en España. Un movimiento débil, heterogéneo, concentrado en los escasos núcleos de implantación industrial, de extracción minera o de servicios que existían en un país empobrecido y dependiente. Surgió en gran medida como parte de la tradición que representaban el PSOE y la UGT, pero también en un contexto nuevo que imponía nuevas respuestas a quienes defendían la superación del capitalismo.

Fueron años de radicalidad en las luchas obreras para conquistar los derechos, las libertades y la democracia que negaba el régimen de la Restauración. La Revolución rusa tuvo mucho que ver con la efervescencia que condujo a la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, al «trienio bolchevique» en los campos andaluces o a la huelga de La Canadiense, que arrancó por primera vez en el Estado español la jornada laboral de ocho horas a los gobernantes del momento. El PCE, a pesar de su debilidad y sus errores, se consolidó como organización al ocupar un espacio político bien definido; desde luego, no se limitó a una escisión coyuntural o artificial. El movimiento comunista internacional, en su versión contemporánea, tiene su punto de partida en una auténtica bancarrota de la Segunda Internacional, cuando sus principales partidos votaron a favor de los créditos de guerra. Ello supuso, además de una muestra de impotencia, el abandono de los intereses de la mayoría social trabajadora frente a la dinámica belicista y el chovinismo exacerbado. Sin duda, había más factores que determinaron la disyuntiva que atravesó por esos años a todos los partidos obreros, pero no se puede negar que el detonante de su división fue la posición mantenida ante el estallido de la Primera Guerra Mundial.

La desolación ante la barbarie bélica, la necesidad de desenmascarar lo que ocultaban quienes promovían las guerras, la defensa de la vía alternativa al capitalismo que se abría con la Revolución de Octubre y la denuncia de la domina-



ción colonial fueron señas de identidad del PCE. La situación española tuvo sus matices con respecto a la que se vivió en otros países europeos, al no participar de forma directa en la guerra y producirse un agudo debate entre aliadófilos y germanófilos, que correspondía de alguna manera al eje izquierda-derecha. La diferenciación en ese contexto fue más confusa, pero no por ello había menos razones de fondo para una práctica política novedosa. El PCE fue de los pocos partidos que se opuso sin medias tintas a la guerra colonial en Marruecos, agrava-
da con el final del conflicto bélico en Europa, que llevó a la muerte a decenas de miles de reclutas españoles y a acciones como la utilización de armamento químico en el Rif para intentar frenar la rebelión de Abd el-Krim. Esta posición le llevó a ser una de las organizaciones más perseguidas en los últimos años de la Restauración y durante todo el régimen del general Miguel Primo de Rivera.

El PCE, como el movimiento comunista en Europa, surgió como expresión política del movimiento obrero y de una intelectualidad comprometida con el mismo. En España, de forma más aguda que en otros países europeos, el marxismo tenía un escaso desarrollo en el ámbito académico y una mínima implantación entre los intelectuales progresistas. Sin embargo, desde la fundación del PCE en 1921, se produjeron varios procesos que radicalizaron al mundo científico, universitario y de las artes, y que convirtieron a las fuerzas de la cultura en un factor de progreso que tendría su punto culminante durante la Segunda República. Comunistas, anarquistas y sectores intelectuales, entre los que destacó Miguel de Unamuno, fueron los principales arietes contra la dictadura de Primo de Rivera (al mismo tiempo que los principales objetivos de su represión), aunque no tuvieron mucho eco hasta la generalización de las protestas estudiantiles contra el proyecto de ley Callejo en 1928, que abrió la puerta a la privatización de la Universidad. El papel de la FUE (Federación Universitaria Escolar) fue esencial en este proceso e incorporó a la vida política a toda una generación de dirigentes, cada vez más influidos por el marxismo y con un programa cultural que rompía los moldes elitistas dominantes. En paralelo surgía una vanguardia artística de enorme riqueza que, en muchos casos, se comprometió en la lucha por la república, y algunos de sus protagonistas con el comunismo.

Los documentos que está publicando la sección de historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas en la edición digital de *Mundo Obrero* sobre los primeros años de la presencia comunista en España evidencian un debate de fondo muy crítico con lo que había sido la práctica de la socialdemocracia, más allá incluso de los debates que atravesaban a toda la izquierda europea. Aunque en ese momento de profunda confrontación, de revisión del pasado, no bastaba con rechazar lo antiguo, el reto más difícil era convertir en una propuesta política coherente y articulada en la sociedad las ideas y las orientaciones que provenían de la Internacional Comunista. Visto en perspectiva, aunque pueda ser injusto en alguna medida con la complejidad de las luchas del momento, parece obvio que no se acertó, que las primeras direcciones del



PCE dilapidaron el enorme potencial que se había reunido en los años veinte del siglo pasado; pero no cabe duda de que tuvo un perfil propio y autónomo, y que ocupó un espacio político que respondía a las condiciones de la sociedad española y a la evolución del movimiento obrero internacional.

Durante la Segunda República: de la marginalidad a la hegemonía política

El PCE, para conformarse como fuerza política y no resignarse a ser un mero espectador de los acontecimientos, aprendió de sus errores y dedicó su capacidad e inteligencia colectiva a llevar a la práctica su política unitaria, lo que se convirtió en una de sus señas de identidad. La enfermedad infantil del izquierdismo, que preocupó a Lenin en los primeros pasos del movimiento comunista internacional, con sus expresiones de dogmatismo y sectarismo, no fue ajena a los primeros pasos del PCE. Era casi inevitable que, en un contexto de división y por lo tanto de reafirmación orgánica, se insistiera en un perfil propio, con un énfasis que ponía en evidencia cierta inseguridad y la falta de capacidad para adaptar a la realidad peninsular las experiencias de la Revolución de Octubre. Los errores cometidos, en un contexto de dura represión durante la dictadura de Primo de Rivera, se prolongaron con la instauración de la Segunda República, hegemonizada por sectores progresistas burgueses, sin duda, pero que ofrecía la oportunidad de una extensión del trabajo político que fue desaprovechada en gran medida.

La ausencia de una propuesta unitaria ajustada a la realidad no era un hecho aislado en el PCE, que en ese momento actuaba como sección de la Internacional Comunista y respondía, en gran medida, a las políticas y estrategias acordadas a nivel mundial. Desde luego, la decepción ante la actuación timorata de los primeros Gobiernos republicanos y el impacto de la represión implacable que sufrió el movimiento obrero y campesino no ayudaron a corregir una línea de actuación que favorecía el progresivo fortalecimiento de las derechas y, en especial, del fascismo que amenaza en ese momento a toda Europa. El anterior contexto condujo a la primera gran revisión de la línea mantenida por el PCE y los métodos de trabajo que había establecido su dirección, cuando la Internacional Comunista promovió un nuevo equipo que estuviera al frente de su sección española, con la fuerte personalidad de figuras como José Díaz y Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*. Aunque a veces se señala este cambio sin mucha precisión, vinculándolo con la nueva política de los frentes populares, es preciso destacar que la precedió más de dos años y que estaba justificada por una deriva que había conducido al PCE a la marginalidad política.

Los errores se pagaron caros, y el *bienio negro* supuso un claro retroceso en todos los ámbitos, por poco que se hubiera avanzado durante los Gobier-



nos republicano-socialistas, y una dura andanada represiva, en especial tras la Revolución de octubre de 1934. La necesidad de sacar a los presos de las cárceles y la evolución europea e internacional hicieron que se tomara plena conciencia de la necesidad de una propuesta unitaria. Sería necesaria una revisión global de la estrategia para dar un giro a la situación, que convertiría a España y al PCE en un ejemplo de la unidad y la lucha antifascista. Sin duda, la gran rectificación en la línea mantenida por los partidos comunistas fue la estrategia de acercamiento a los socialistas, de unidad de las organizaciones obreras y de creación de los frentes populares, en la que el PCE aportó su creatividad y su capacidad de concreción a la realidad de nuestro país, algo que había brillado por su ausencia en los años anteriores. El acuerdo para fundar las Juventudes Socialistas Unificadas y la puesta en marcha del Frente Popular, que condujo a la victoria del 16 de febrero de 1936, fueron grandes logros en este sentido.

El golpe de Estado y la reacción popular para enfrentarlo hicieron que la experiencia española tuviera un impacto internacional de primer orden. Ante las dificultades en el desarrollo de la guerra, el PCE fue siempre un defensor de la unidad obrera y el Frente Popular como instrumentos necesarios para la victoria. El papel del PCE fue esencial durante esos años para garantizar la incorporación de la mayoría de la clase trabajadora a la defensa del régimen constitucional; una defensa que se plasmó, después del golpe de Estado de julio de 1936, en la construcción del nuevo ejército de la República a partir de las milicias populares y, en la retaguardia, con la organización de la producción. Lo que se conoce hoy como la Guerra Civil española se teorizó por el PCE como nuestra «guerra nacional revolucionaria» por la independencia frente a la agresión del fascismo internacional, haciendo un esfuerzo por entroncarla con las luchas históricas que permanecían en la memoria popular. No fue una expresión de chovinismo; al contrario, fue una elaboración ideológica para cimentar la unidad popular, para construir una identidad compartida entre quienes tenían que defender el proyecto republicano de la agresión y, al mismo tiempo, construir las bases para la liberación social y nacional de los pueblos de España, que permitiera ganar la guerra para cambiar el país.



Una fuerza decisiva en la lucha contra la dictadura

El españolismo chovinista, agresivo y uniformador del franquismo no solo acabó con el régimen constitucional de la Segunda República, también destruyó el germen de este proyecto compartido, de la posibilidad de concebir una España que no tenía nada que ver con el «Imperio», con el nacionalcatolicismo o con los intereses de una minoría privilegiada. La dictadura franquista, con todo su chovinismo patriotero, no dudó en usar a los regímenes fascistas europeos para bombardear y reprimir al pueblo español de forma brutal, como

tampoco lo hizo cuando cambiaron las tornas y para sobrevivir acordó la instalación de bases militares norteamericanas, convirtiéndose de esta forma en un peón más en su estrategia de la Guerra Fría.

La derrota en la guerra provocó un áspero debate, interno y externo, sobre los errores y las deficiencias del PCE, una vez convertido en un partido decisivo en la resistencia frente al fascismo. Los años siguientes fueron los más duros, donde la Segunda Guerra Mundial y la represión implacable del franquismo dificultaban la comunicación entre la militancia y las distintas estructuras operativas. El régimen franquista, a pesar de la demagogia paternalista de su discurso hacia los trabajadores y la aprobación de alguna medida social para consolidar su hegemonía política, no pudo ocultar su carácter de clase, al servicio de una minoría de privilegiados que se creían dueños de este país y su destino. En el nuevo contexto represivo de la dictadura, muchas fuerzas de oposición no fueron capaces de generar un movimiento de masas, ni siquiera quienes habían hecho los alegatos más grandilocuentes y radicales. Si el PCE se convirtió en el eje de las fuerzas que lucharon por la democracia, lo fue, sin duda, por el heroísmo de sus cuadros, pero sobre todo por su capacidad de articular las reivindicaciones laborales, el movimiento obrero, un hecho que hubiera sido incapaz de realizar sin una implantación real en los centros de trabajo.

La división traumática en los últimos meses de la Segunda República y la derrota hicieron muy difícil la continuidad del Frente Popular. Aun así, el PCE no renunció a una propuesta unitaria para derrotar a la dictadura franquista. No fue fácil ni siempre se acertó. Como con todas las estrategias, vistas en perspectiva, se pueden y se deben mostrar errores en su concepción o insuficiencias en su aplicación, pero lo que nadie cuestiona es el enorme sacrificio de los comunistas por mantener la llama de la resistencia. Consolidada la dictadura gracias al apoyo de las grandes potencias capitalistas después de la Segunda Guerra Mundial, se formuló la política de reconciliación nacional que ponía el énfasis en unir a la mayoría social trabajadora, con independencia de en qué lado hubieran tenido que vivir durante la guerra; fue una fórmula necesaria para ensanchar los ámbitos de actuación de la oposición. La política de reconciliación nacional, oficializada en 1956, lejos de significar la falsa moralina del perdón, como así se quiso interpretar durante la transición para justificar la impunidad de los crímenes del franquismo, fue una apuesta por construir unidad popular desde abajo, desde las necesidades y las reivindicaciones de la mayoría social, como una forma de reconstruir un proyecto de país que era incompatible con un régimen dictatorial y depredador.

Pese a la hegemonía del PCE durante los últimos años del franquismo, no se renunció a constituir plataformas unitarias con otras organizaciones y personalidades, de un peso menor, pero que expresaban la pluralidad social y política de las fuerzas que luchaban por una salida democrática. La unidad construida desde la base asentó el desarrollo de la oposición democrática, una enorme mo-



vilización social que es la que forzó la transición a la democracia. El esfuerzo de los comunistas fue decisivo para la derrota de los intentos continuistas del régimen franquista, pero no lo suficiente para forzar una ruptura democrática. Este condicionamiento caracterizó la transición y la necesidad de adaptar la política del PCE a la nueva realidad. Más allá de la revisión crítica de este período que realizó el propio partido años más tarde, se cometió el error de hacer de la necesidad virtud, de defender lo que imponía la correlación de fuerzas como el ideal al que se aspiraba. La posición política adoptada por la dirección del PCE en ese momento, se acompasó y justificó con un planteamiento ideológico novedoso, el eurocomunismo, que provocó una fuerte división interna y llevó a una ruptura de grandes dimensiones en la década de los ochenta.

Reconstrucción y reinención en los años ochenta

La recuperación del PCE desde el final de la transición fue un proceso largo y difícil, pero a ella contribuyó sin duda el arraigo social de los comunistas y su participación decisiva en las movilizaciones contra la OTAN, la reconversión social y la ausencia de aplicación de los aspectos más progresivos de la Constitución de 1978, que confluyeron en la configuración de Izquierda Unida y la recuperación de la unidad comunista. Tras las grandes movilizaciones obreras, ciudadanas y pacifistas frente a las políticas llevadas a cabo por los Gobiernos de Felipe González, la creación de Izquierda Unida en 1986 supuso un paso adelante en la propuesta unitaria. Inicialmente fue una coalición electoral, un acuerdo entre organizaciones que permitía superar el clima de división que había reinado en esos años. Después de esta primera fase, con el liderazgo de Julio Anguita en su coordinación general, IU se desarrolló con el modelo de movimiento político y social. Aunque sin duda el papel del movimiento contra la OTAN fue destacado en el surgimiento de Izquierda Unida, no debemos pasar por alto las intensas luchas obreras contra la reconversión industrial que fueron la antesala de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea. A finales de los ochenta, la unidad sindical pudo retomarse ante las políticas económicas y laborales de un PSOE cada vez más derechizado, y culminó en la gran huelga general del 14 de diciembre 1988, convocada por la UGT y CCOO contra las medidas que pretendía imponer el Gobierno de Felipe González.

Pocos años más tarde, la coyuntura internacional desfavorable provocada por la crisis en los países socialistas y el derrumbe de la Unión Soviética generaron un cuestionamiento que afectó a la mayoría de los partidos comunistas del mundo y, como no podía ser de otra forma, al PCE. Fueron años de intensos debates, donde la crítica de la experiencia socialista se aprovechó para intentar imponer una deriva que propugnaba la desaparición del partido comunista y lo que representaba. El PCE mantuvo su vida orgánica y siguió aportando a la



construcción de una alternativa bajo la dirección de Julio Anguita, un dirigente que se convirtió en un referente moral en la resistencia al pensamiento único capitalista, tan hegemónico durante esos años. Ya en el siglo XXI, desde el PCE se teorizó la necesidad de la refundación de la izquierda como un proceso que permitiera volver a contactar con la base social necesaria para el cambio en profundidad en la dirección del socialismo que propugnábamos.

La profunda crisis capitalista que comenzó en los años 2007/2008 y su respuesta social con movilizaciones masivas supuso un reto para llevar a la práctica esta orientación. La profunda crisis económica capitalista generó un grave deterioro de la situación de la mayoría social en nuestro país, al tiempo que una crisis política sin precedentes; al mayor ciclo de movilizaciones sociales vivido desde la transición le correspondió una amplia politización de nuevos sectores, con formas de participación novedosas, como fueron las que se generalizaron desde el 15 de mayo de 2011. Fruto de esta crisis de régimen, todavía hoy no resuelta, fue el surgimiento de nuevos actores políticos y la proliferación de candidaturas de unidad popular, que fueron capaces en las elecciones municipales de 2015 de triunfar en muchas de las ciudades más pobladas de nuestro país. El PCE, junto con Izquierda Unida, a pesar del desafío de afrontar un nuevo escenario en la izquierda social y política, ha participado en este proceso poniendo por delante la necesidad de avanzar en un modelo social alternativo y con la perspectiva de un proceso constituyente. La expresión política actual de este proceso es la configuración de Unidas Podemos y las diversas confluencias en distintos territorios del Estado, dentro de una estrategia de unidad popular.

La indecisión e incapacidad para impulsar la refundación de la izquierda, las nuevas formas de organización y lucha popular en la reivindicación de los derechos sociales, el análisis crítico de la evolución de las políticas económicas que nos llevaron a dar por roto el pacto constitucional de 1978 y la revisión de nuestra actuación en los ámbitos institucionales son algunos de los procesos políticos que confluyeron en la actual estrategia de unidad popular, ruptura democrática y apuesta por un proceso constituyente ante la crisis de régimen que vivimos. El XX Congreso del PCE refrendó estas líneas de actuación, después de un amplio debate, al tiempo que consolidó la recuperación de su presencia pública como partido y del marxismo-leninismo como referencia teórica de su actuación.

Pensar la lucha por el socialismo y el comunismo en el momento actual

Finalizado este recorrido histórico se pueden ensayar algunas conclusiones. En la perspectiva histórica del centenario del PCE se puede sostener que fue



su carácter de clase, su capacidad para articular las aspiraciones de la mayoría social trabajadora, lo que le convirtió en un actor decisivo en la defensa de la Segunda República y la lucha por las libertades contra la dictadura franquista. No fue el resultado de una autodefinición incluida en sus estatutos, fue una realidad que no fue fácil construir. Una organización política, por muy fuerte que sea, si está aislada no podrá llevar adelante su proyecto. Necesita la valentía de contrastar su proyecto, de arriesgar en competencia, de confiar en la fuerza de las ideas propias en una unidad en la diversidad, a veces en difíciles condiciones para hacerse oír. Es el valor de la unidad que permitió avanzar al PCE en los momentos más decisivos de su prolongada experiencia histórica.

El centenario del PCE es una oportunidad para reivindicar un proyecto, de defender el esfuerzo colectivo para transformar un país, de reivindicar la vigencia de la lucha por el comunismo. Como hemos visto en el apretado resumen que acabo de hacer, no se pretende eludir debates, decisiones polémicas, errores o actuaciones condenables. Forman parte de nuestra historia. Pero si hay alguna cosa de la que estamos convencidos es de la crucial importancia de la militancia comunista, de un compromiso individual y colectivo que es lo que ha hecho mover la rueda del desarrollo social. ★

